



Para orar

Recuerda aquellos momentos en los que te has encontrado en soledad, en los que Dios te ha susurrado especialmente al oído que tenías que retirarte y pensar más las cosas.

Hay una frase latina que nos recuerda que la acción nace de nuestro ser. Para descubrir aquello que se debe "ser" (quién soy) es necesario retirarse de vez en cuando a la soledad del cuarto, a la soledad del pensamiento, de la oración y de la contemplación. Busca ese desierto que, despojado de todas las cosas, te acerca a Dios.



"A continuación", sin mediar nada más entre su aparición estelar y este texto, Jesús nos muestra su primer paso: hacia el desierto.

En el mundo, el desierto es una realidad más entre otras. Estamos acostumbrados a considerarlo como un ecosistema más, con su riqueza y su diversidad. Pero para los antiguos, vivir en el desierto es una condena, una injusticia. La carencia y la falta de vida son sus notas predominantes. ¿Por qué entonces al desierto? Porque el desierto también es propicio para la soledad, y por este motivo también para el encuentro con Dios. El desierto, como lugar es una cosa, pero como lugar de vida es un cara a cara con Dios. En el desierto Jesús busca a Dios, lleno del Espíritu. Y por esta razón el desierto acude presto y veloz a evitar que se produzca, a impedir que se conozcan en profundidad. El desierto hoy, incluso en la ciudad, se puede vivir.

Si nos fijamos en el texto con detenimiento, si lo aprendemos, no se dice que Jesús fuera al desierto. Justo después del bautismo, de llenarse, es "llevado", "empujado", "animado". Quizá sea, rodeado de pobreza, donde la riqueza personal en abundancia se nota más. Nuestra sociedad moderna es todo lo contrario de un desierto, abundamos en cosas, y comprobamos una y mil veces que estas cosas no llenan a la persona pero seguimos buscando en ellas la felicidad. Rodeados de innumerables oportunidades y con capacidad para disfrutar, nos adentramos en un mar de consumo y de "posesión" en el que incluso las mismas personas son consideradas como elementos de intercambio, como parte de transacciones comerciales y de toma-y-daca de bienes.

Pero Jesús no se adentra en el desierto porque a Él le plazca, no se trata de que Jesús elija un mundo sin cosas y sin personas, sino que es empujado por el Espíritu. La presencia de Dios en Jesús le revela un camino diferente, en el que va a conocer quién es realmente y qué tiene que "llenar" en su vida, con qué tiene que combatir, con qué va a luchar.

Las tentaciones en otros Evangelios son más explícitas. Muestran dos posturas: la de Dios, a fuerza de la Palabra y evitando que la persona se quede encerrada en una espiral de poder, de dominio, de falsedad; y por otro lado, las continuas amenazas en las que es puesto. Hoy también comprobamos cómo esto es así. Por múltiples caminos se anuncia que la felicidad está en tener, en poseer, en valer más que otros, en el reconocimiento y el aplauso social, en el éxito... Ante todas ellas Jesús se enfrenta con su Palabra. Ya no es lo que otros digan, ya no es lo que la sociedad proponga, sino que es su propia Palabra la que pone el sentido y lo que realmente busca. Quizá sea la única manera de enfrentarse con tentaciones que ahogan y confunden: tener una Palabra frente a ellas, algo sincero en lo que apoyarse y de lo que fiarse.